

# CUENTOS EUSKAROS



## EL RECLUTA

Hacia pocas horas que el cupo de reclutas de una de las zonas militares de Guipúzcoa había sido entregado al coronel del regimiento de Asturias.

Después de las formalidades de rúbrica se dejó libres á los nuevos reclutas, los cuales, amedrentados, salieron del cuartel maldiciendo de su suerte y aterrados ante la idea de que aquella vida tan dura había de durar algunos años.

Uno de los reclutas, más apocado que los demás, no se atrevió á salir por miedo á faltar á la lista de las siete, y en aquel momento daban las tres. Temía perderse por las calles, faltar á la lista y ser fusilado sin remedio. El pobre, desde que había entrado en el cuartel, se veía de rodillas, con los ojos vendados, ante un pelotón de soldados apuntándole con los fusiles, aguardando una señal del oficial para hacer fuego. Así había visto un grabado en su pueblo y así creía que era castigada la menor falta en el servicio.

Se quedó en el patio del cuartel, buscó un rincón, se sentó sobre las piedras, y con la cabeza caída sobre el pecho y las manos cruzadas entre las piernas se quedó como alelado, sin darse cuenta de lo que á su lado pasaba. ¡Qué ideas tan tristes, qué pesadumbre, qué negra sentía en su espíritu! ¿No valia más morir que sufrir tanto?

Una voz seca é imperativa le sacó de su ensimismamiento. Levantó la cabeza lentamente como un enfermo á quien importunan en su somnolencia y vió á un sargento que le miraba con aire burlón. El recluta se echó á temblar, quiso levantarse, pero en su azoramiento ni sabía dónde apoyarse ni podía hacer esfuerzo alguno y siempre volvía á caer sentado. El sargento soltó una carcajada, con lo cual el recluta acabó de azorarse, y si no hubiera sido porque aquél le agarró de un

brazo y le levantó bruscamente, el muchacho no hubiera acertado á levantarse.

—¿No sabes que en el patio no se puede dormir?—le preguntó el sargento con acento socarrón.—Aquí no se duerme, se está siempre alerta, si no, una, dos, *march*, bofetada al canto.... ¿entiendes?—é hizo ademán de pegarle, á lo cual el recluta se encogió amedrentado y dijo en voz baja:

—Bueno, *jauna*.

—¿Qué es eso, jau.... qué? aquí no se ponen motes ¿sabes?... si vuelvo á oír que me llamas.... eso, una, dos, *march*,—y volvió á hacer ademán de darle un coscorrón.

El recluta volvió á encogerse murmurando: ¡*Amacho, amacho!* mientras que dos lágrimas asomaban á sus ojos.

El sargento se compadeció de aquel desgraciado y queriendo atenuar algo la primera brusquedad, cogió al chico del brazo y le dijo:

—Anda, vete á dormir al dormitorio y.... ¡cuidado! mucho ojo!

El recluta, tambaleándose, subió al dormitorio y se echó en su cama, donde no tardó en caer otra vez en la misma somnolencia, y entonces soñó, soñó en su tierra. Vió su caserío en la cima de una colina fresca y rebosando verdura, le vió entre los castaños, vió á su *amacho* sentada en el poyo de la puerta rezando el rosario.... tal vez rezaba por él, por aquél hijo que se lo habian llevado tan lejos, y el recluta siguió soñando, soñando, y entonces era feliz, se creía en su caserío.

A la mañana siguiente, al amanecer, la diana alegre y bullanguera resonó en el cuartel, los soldados saltaron de la cama precipitadamente, el cabo de cuartel avisó á los morosos, y cuando llegó al número veinte vió con indignación que aquel dormía todavía á pierna suelta. ¡Qué dicharachos salieron de aquella boca, qué maneras de despertar al dormilón! pero el número veinte no se despertaba por más que le zarandeaban. Se avisó al médico del batallón y momentos después una camilla llevada por cuatro soldados y seguida de un cabo conducía un enfermo al hospital militar.

Era el número veinte, el nuevo recluta que temia ser fusilado á la menor falta.

JOAQUÍN L. BARRERA.

